

Los insectos en el Arte Ibérico (siglos III a I a.C.)

Pierre Moret¹

¹ 63 chemin des Sept-Deniers; F-31200 Toulouse (FRANCIA)

Los Iberos que vivían al final de la Edad del Hierro en el sureste de España (provincias de Murcia, Alicante, Albacete y Valencia) solían decorar sus cerámicas con motivos geométricos o, a veces, con escenas figurativas. Estas pinturas sobre vasos son el único testimonio que se ha conservado hasta nuestros días del mundo imaginario que los Iberos sabían plasmar por medio del pincel¹.

Los motivos que más abundan en los vasos ibéricos del Sureste son vegetales: tallos serpenteantes, hojas de hiedra, rosetas, frutos. Pero no faltan tampoco las figuras de animales. A pesar de la estilización de los rasgos, podemos identificar lobos, perros, ciervos, caballos, cabras, conejos, aves, delfines, peces y serpientes. Todos estos animales -excepto el conejo, que en esta época era todavía un endémico del suroeste de Europa- son elementos bien conocidos en las mitologías y en las iconografías del Mediterráneo antiguo. La gran mayoría de las escenas pintadas no son realistas; no es rara, por ejemplo, la asociación en el mismo cuadro de especies tan dispares como el pez, el águila y el lobo. Evidentemente, el arte ibérico no tenía como fin la reproducción exacta de la naturaleza, sino la manifestación de la carga simbólica y espiritual que se atribuía a cada especie animal.

La presencia de insectos en varias composiciones es un hecho más sorprendente. El arte ibérico es el único, entre las civilizaciones del Mediterráneo antiguo, que ha dado tanta importancia a estos seres diminutos. Los Griegos, considerados por muchos arqueólogos como los maestros de los Iberos en cuanto a la representación de figuras animales y humanas, no solían introducir insectos en las decoraciones pintadas de sus cerámicas². Estamos pues en presencia de un fenómeno absolutamente original, propio del mundo indígena de la Península Ibérica.

La representación de insecto más difundida en la cerámica ibérica, y la que ha despertado más polémicas, es la figura de aspecto geométrico, muy estilizada, que se conoce, de forma convencional, con el nombre de *zapatero*³. Aparece en varias decenas de vasos, con pequeñas variaciones de tamaño y forma (fig. 1-3). En San Miguel de Liria (Valencia), el 25% de los vasos con decoración compleja incluyen al menos un *zapatero*. Ha sido identificado como un insecto acuático, un rayo jupiterino, una representación antropomorfa esquemática, o un monograma simbólico. Ninguna de estas interpretaciones es plenamente satisfactoria, dado el polimorfismo del motivo y, sobre todo, dada la asombrosa variedad de situaciones en que aparece.



Fig. 1: Detalle del 'vaso de los guerreros' de San Miguel de Liria (Valencia).

Rodea a guerreros enfrentados en un combate (fig. 1), flota entre las patas de un caballo (fig. 2), adorna la coraza de un jinete (fig. 2) y la pechera de una noble dama (en un vaso de Liria), o bien nada perseguido por voraces peces (fig. 3). Parece tarea imposible hallar el mismo significado para todas y cada una de estas ocurrencias.

A mi entender, el *zapatero*, en su origen, es un motivo ornamental sin sentido propio, comparable con las aspas y las espirales que entran a su lado en las mismas escenas; su función sería, simplemente, la de rellenar los vacíos entre las figuras principales. Tan sólo en una segunda fase, algunos pintores podrían haber sacado provecho de su aspecto vagamente insectiforme para utilizarlo en contextos más 'realistas': sería el caso del vaso de Verdolay en el que los *zapateros*, claramente dotados de un pequeño apéndice cefálico, alternan con peces (fig. 3). En este caso, y solamente en este caso, es lícito suponer que lo que se ha querido representar es un insecto acuático de la familia de los Gerridae.

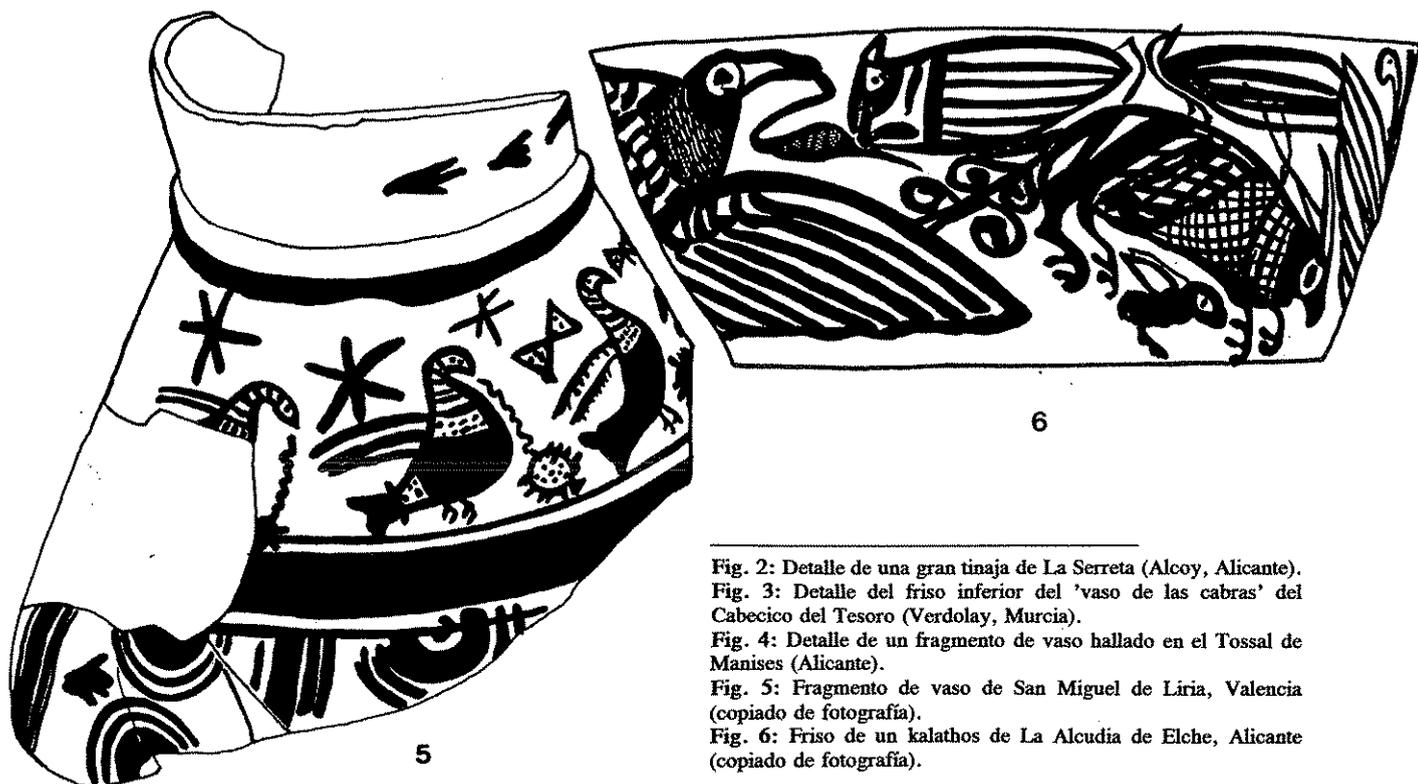


Fig. 2: Detalle de una gran tinaja de La Serreta (Alcoy, Alicante).
 Fig. 3: Detalle del friso inferior del 'vaso de las cabras' del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia).
 Fig. 4: Detalle de un fragmento de vaso hallado en el Tossal de Manises (Alicante).
 Fig. 5: Fragmento de vaso de San Miguel de Liria, Valencia (copiado de fotografía).
 Fig. 6: Friso de un kalathos de La Alcudia de Elche, Alicante (copiado de fotografía).

Pero ¿podemos seriamente aceptar la idea de que un pintor de vaso ibérico consideró tan humilde criatura digna de figurar en su obra, dándole la misma importancia -¡y el mismo tamaño!- que a un pez? La única referencia a los Gerridae existente en la literatura antigua nos es dada por Aristóteles, quien los describe -sin darles nombre propio- como 'bichitos planos que corren en la superficie de los ríos' (*Historia de los animales*, V, 551 b 20). Curiosamente, creía que estos 'bichitos' (*zodaria*) se transformaban en estros, razón por la cual, según él, estos últimos pululan cerca de las aguas. Sería, pues, la creencia en esta extraña metamorfosis la que habría dado cierta fama a los Gerridae. Sin embargo, nada nos permite afirmar que los Iberos tenían igual o parecida creencia.

Como tantos otros aspectos de la iconografía ibérica, el motivo que valió a este insecto su acceso a la categoría de imagen queda, y quedará para siempre en enigma, puesto que no se ha conservado nada de la tradición mitológica de los Iberos. Únicamente podemos decir que, al parecer, los insectos no sufrían en Iberia tanto desdén como en la Grecia antigua y en Roma⁴. Ya en época mesolítica, se dan muchas representaciones de abejas (colmenas, enjambres, escenas de recolección de la miel) en el arte rupestre del Levante español⁵.

Pero los mejores testimonios de la inclinación de los Iberos hacia los representantes más humildes del reino animal proceden otra vez de la cerámica pintada. Un fragmento de vaso hallado en el Tossal de Manises (Alicante) nos muestra una gran ave que agarra una ramita en su pico, mientras que un mosquito o un tábano, perfectamente reconocible con sus dos alas, su abdomen anillado, sus grandes ojos y su trompa chupadora, le pica en el pecho (fig. 4). ¿Detalle humorístico? ¿Añadido gratuito? No si tenemos en cuenta el resto del cuadro. En efecto, la figura del ave está colocada justo debajo de un lobo de gran tamaño, asociado a un animal más pequeño (¿un perro?) que lo muerde en la pierna. Así, el grupo inferior, 'ave atacada por un mosquito', aparece como la transposición simétrica, en el mundo de los seres alados, del grupo superior, 'lobo atacado por un perro'. Si esta hipótesis es correcta, la presencia del insecto no se debería a un capricho del pintor, sino al rigor conceptual de una composición basada en un sistema de analogías.

Otro vaso, procedente de Liria, es más sorprendente aún (fig. 5). La parte conservada constituye una pequeña escena de corral, con tres aves (palomas o gallináceas) que andan desterrando lombrices e insectos. Estos últimos están representados mediante un círculo punteado y cuatro o cinco patas cortas de cada lado del cuerpo. Por supuesto, no hay que buscar una precisión diagnóstica en dibujos tan bastos; pueden ser coleópteros, pero igualmente arañas o cochinillas. En el aire revolotean dos mariposas y, más arriba, tres moscas (?) adornan el cuello del vaso.

Mencionaré por último el caso dudoso de un vaso de la Alcudia de Elche, cuya decoración incluye un animal visto de perfil, de muy difícil adscripción (fig. 6). Arriesgaré dos hipótesis: la de un ave encaramada en una rama, con las alas replegadas, y la de un insecto. Si se trata de un ave, hay que reconocer que

está dibujada con descomunal torpeza (y en tal caso contrastaría de manera chocante con los otros animales del mismo vaso). En particular, la punta que prolonga la cabeza hacia arriba no se deja explicar fácilmente. Podría ser un pico, pero estaría al revés; podría ser una especie de cresta, pero ¿qué especie de ave tendría este aspecto?

La segunda hipótesis se basa en la división del cuerpo en tres partes bien diferenciadas (cabeza / pronoto / élitros), y en las líneas longitudinales de la parte distal que reproducen las estrías de los élitros de un coleóptero o las nervaduras de las alas anteriores de una cigarra. La punta de la cabeza recuerda la cuerna cefálica ligeramente inclinada hacia atrás de los escarabajos del género *Copris*. Se podría objetar que los ojos estarían colocados, en este caso, demasiado cerca del cuerno; pero el mismo error fue cometido por un artista de la Creta minoica al esculpir un exvoto de arcilla en forma de *Copris*⁶. La presencia de una rama que sirve de soporte al insecto constituye una objeción más seria, ya que los *Copris* son insectos exclusivamente terrícolas. Otra solución, no del todo convincente, sería ver antenas cortas en lugar de cornamenta, y pensar en una cigarra. Finalmente queda el problema del tamaño de la figura, que no estaría 'a escala' en el caso de representar un insecto. Prefiero, por tanto, dejar en suspenso la identificación de este extraño bicho.

En un artículo reciente, publicado en estas mismas columnas⁷, Antonio Melic lamentaba la ausencia de 'inquietudes entomológicas' en la España del siglo pasado. Pues bien, creo haber aportado la prueba de que esta indiferencia, de ser real, no tiene carácter atávico, puesto que los españoles de hace dos mil años eran seguramente, de todos los pueblos que rodeaban el Mediterráneo, y a la par con los Egipcios, los más entomófilos.

Notas:

¹ Dejando aparte los trabajos eruditos, la mejor introducción a la cerámica ibérica de la Segunda Edad del Hierro, con abundantes reproducciones fotográficas, es el libro de Luis Pericot, *Cerámica ibérica*, Barcelona, Ed. Polígrafa, 1979.

² Con la excepción notable de una copa de figuras negras de Grecia oriental, fechada en mediados del siglo VI a.C. (Museo del Louvre, F 68). Las ramas estilizadas de dos árboles ocupan casi toda la superficie interior de la copa; en uno de ellos, un saltamontes se agarra a una rama, mientras que un pájaro regresa volando a su nido con un insecto en el pico. Esta magnífica obra muestra una sensibilidad hacia la naturaleza, incluyendo sus formas más humildes, muy inusual en la pintura griega.

³ Remito a mi artículo "Les 'araignées d'eau' de la céramique peinte ibérique", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXV, 1989, p. 5-29, para el análisis detallado del motivo y de sus ocurrencias y la discusión de las distintas propuestas de identificación.

⁴ Plinio, en el prólogo del libro XI de su *Historia natural*, que está dedicado a los insectos, se ve obligado a pedir la benevolencia de sus lectores, 'ya que desprecian muchos de estos animales'.

⁵ L.R. Adams, 'Abeilles et récolte du miel dans l'art rupestre du Levant espagnol', en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, I, Madrid, Ministerio de Cultura, 1983, p. 363-369.

⁶ *Copris* de Mallia, en *Etudes crétoises*, IX, lám. XVI y XLV. Sobre las figuras de coprófagos en Creta, véase B. Rutkowski, 'Minoische Käkerfigurchen', en *Forschungen zur Aegaeischen Vorgeschichte. Das Ende der Mykenischen Welt*, Köln, 1987, p. 143 sqq.

⁷ A. Melic, 'Genera Insectorum', *Bol. SEA*, 13, 1996, p. 73-74.